

Verdad y Vida

Viviendo y compartiendo el evangelio

APARTADO 185

28600 NAVALCARNERO, (MADRID)

Email: idadespana@yahoo.es / www.comuniondelagracia.es / www.gci.org

Tel. 91 813 67 05 - 626 468 629



PEDRO RUFÍAN M.

DIRECTOR-EDITOR

JOSEPH TKACH

PRESIDENTE DENOMINACIONAL

Madrid, 16 de abril de 2016

Estimados amigos, queridos y fieles hermanos en Cristo, colaboradores y lectores de **Verdad y Vida**:

Junto con el pequeño pero fiel equipo de voluntarios que, con la ayuda de Dios, hace posible **Verdad y Vida**, mi familia y yo, deseamos y pedimos que estéis gozando el amor y la paz de Dios, que sobrepasa todo conocimiento, que tengáis salud y el sustento de cada día, y que vuestros corazones estén llenos de agradecimiento a Dios.

El inicio de la primavera es un tiempo que rebosa de nueva vida y colorido. Las semillas, que aparentemente han estado inertes enterradas en la tierra, estallan plétóricas de vida y energía. Y las flores en los prados son la expresión jubilosa de la vida. No es de extrañar que cuando Cristo resucitó, e hizo nuevas todas las cosas, fuera primavera en el hemisferio norte.

Jesucristo y Pablo utilizaron diferentes metáforas agrarias para referirse a como fuimos incluidos en la vida de Cristo. Jesús dijo que “él es la vid, su Padre el labrador y nosotros los pámpanos” (**Juan 15:1-10**). En Romanos 11 el apóstol Pablo afirmó que, aunque éramos olivos silvestres Dios nos injertó por medio de Cristo en el buen olivo. En **Romanos 6:5** Pablo usa la metáfora de la siembra: “*Porque si fuimos **plantados** juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección*”.

¿Cómo fuimos sembrados de nueva vida en Cristo y qué significa eso para nosotros? Jesús extendió sus brazos en la cruz y unió a todos los seres humanos con él, según él mismo afirmó: “*Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo*” (**Juan 12:32**). Cuando murió, todos morimos con Él y cuando lo pusieron en el sepulcro, todos fuimos sembrados, enterrados con él.

Después de haber labrado y preparado la tierra, lo siguiente que hace el agricultor para tener vida nueva, una cosecha nueva, es **sembrar la semilla**. ¿Cómo lo hace? Enterrando la semilla en tierra. Todos fuimos enterrados con Cristo. El apóstol Pablo lo afirmó así: “*Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó por el poder del Padre, también nosotros andemos en vida nueva*” (**Romanos 6:4**). E incide en ese mismo concepto al afirmar: “*Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes*” (**1 Corintios 15: 36**). Así que queda claro que para recibir vida nueva teníamos que morir antes, y ya hemos visto que eso lo hicimos en la muerte de y con Cristo.

¿Qué necesita esa semilla sembrada para que la nueva vida empiece a germinar en ella? El calor del sol. Fue la calidez del amor inmerecido de Dios la que nos dio la nueva vida en Cristo en su resurrección. Y es esa misma calidez del amor de Dios la que nos mueve con su llamado y, por medio del Espíritu Santo, nos despierta a la realidad de la nueva vida en Cristo. En la parábola que yo llamo del “*Padre pródigo en amor, del hijo que regresa y del que no quería entrar*” (**Lucas 15:11-32**), ese despertar se señala con las palabras “y volviendo en sí”. Y ese venir en sí lo produce el amor del padre en el que reflexiona el hijo.

Cuando la semilla empieza a germinar lo primero que sale es la raíz, para alimentar la nueva planta. Luego surge el tallo. Pero antes de que esa nueva planta vea la luz crece bajo la tierra, sin que nadie lo sepa, sino solo el agricultor. Así fue con los seres humanos, todos recibimos vida nueva con Cristo en su resurrección, pero es solo cuando Dios nos despierta a la realidad de lo que somos en Cristo que esa vida nueva se empieza a manifestar exteriormente.

Cuando acaba de salir el tallo en los campos todavía no se diferencia fácilmente entre el trigo, la cebada, el centeno, etc. Así es nuestra realidad recién despiertos a la nueva vida. Nuestras acciones puede que se

diferencien muy poco de los que todavía viven en obscuridad. Pero igual que la planta ya tiene la carga genética, con todas las características que va a tener y los frutos que va a dar, así es con nosotros, ya somos hijos adoptivos de Dios y el ADN espiritual de nuestro Padre celestial está activo en nosotros, que es el de nuestro Señor Jesucristo por medio del Espíritu.

¿Qué podría suceder si la planta tuviera libre albedrío, como lo tenemos nosotros? Podría decidir negarse a crecer en la dirección que le indica su ADN e hibridarse o clonarse con otra planta que produjera otro fruto diferente. Esa es la opción que nosotros tenemos. En la muerte y resurrección de Cristo todos los seres hemos sido hechos hijos de Dios, aunque la mayoría todavía no sean consciente de ello, pero usando nuestra voluntad podemos negarnos a aceptar y recibir esa bendita realidad.

¿Qué clase de vida espera Dios que, como sembrados de la nueva vida en Cristo, vayamos viviendo progresivamente? El agricultor espera que la planta crezca y se desarrolle de acuerdo a la buena semilla que ha sembrado y que a su tiempo dé fruto. Dios no es diferente: *“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Ef. 4:17-18)*. Es por la ignorancia que en ellos hay que viven ajenos a la nueva vida en Cristo, no porque él no se la haya dado. Pero nosotros, a los que Dios nos ha iluminado el entendimiento espiritual, tenemos que vivir de acuerdo a la nueva vida que tenemos en Cristo: *“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría...” (Colosenses 3:1-15)*. Es un proceso paulatino que Dios está llevando a cabo en nosotros por medio de su Espíritu con la participación de nuestra voluntad.

A aquellos que ya hemos despertado a la realidad de la nueva vida que Dios nos ha dado en Cristo, nos ha encargado el mensaje de la reconciliación: *“De modo que si alguno está en Cristo, ya es una nueva creación; atrás ha quedado lo viejo: ¡ahora ya todo es nuevo! Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo a través de Cristo y nos dio el ministerio de la reconciliación. Esto quiere decir que, en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, sin tomarles en cuenta sus pecados, y que a nosotros nos encargó el mensaje de la reconciliación” (2 Corintios 5:17-20)*. Recuerdo cuando era un niño y mi madre me encargaba ir a comprarle harina, huevos o garbanzos. Su encargo no era una sugerencia, era la responsabilidad que me daba de hacer aquello que me había encargado. Por supuesto, yo podía olvidarme de hacer su encargo yéndome a jugar con los otros niños, pero eso no agradaría a mi madre.

Hemos sido llamados a realizar este ministerio, que viene incluido con la nueva vida que Dios nos ha dado: de una forma individual, con como vivimos nuestras nuevas vidas; y de una forma colectiva, comprometiéndonos con una iglesia local y apoyando a ministerios como este. ¿Cómo podría un cristiano solo realizar un ministerio como el que realizamos con **Verdad y Vida**, con la página Web o con la impresión y reparto de miles de folletos **¡Buenas Noticias para Todos!**, cuyo propósito principal es compartir el mensaje de la reconciliación de Dios en Cristo? ¿Estás contestando SÍ al encargo que Dios nos ha dado de llevar a otros el mensaje de la reconciliación? Cada vez que das una ofrenda para dar a conocer a otros el mensaje de la reconciliación tienes la oportunidad y la bendición de honrarle afirmando que le estás diciendo SÍ a su encargo, como lo hacía yo con mi madre cuando la obedecía yendo a la tienda a traerle lo que me había encargado.

Dios nos ha sembrado de nueva vida en su Hijo Jesucristo, y por medio del Espíritu Santo nos guía, nos motiva, nos limpia y nos anima a crecer conforme a la imagen de aquel en quién hemos sido plantados, y a producir fruto conforme a lo que nos ha hecho ser, hijos e hijas de Dios. Nos resucitó con Cristo, nos reconcilió con el Padre y en él nos llevó a la derecha de la Majestad. Sin duda nuestra nueva vida en él conlleva una nueva mentalidad, unos nuevos objetivos y propósitos, una nueva forma de vivir.

Los miembros de la Junta Directiva y yo no tenemos palabras para agradecer vuestras oraciones y apoyo, mientras pedimos que disfrutéis de las bendiciones de Dios y os sostenga con lo necesario, y para que podáis ser generosos. Recibid un abrazo fraternal con amor en Cristo.



Pedro Rufián Mesa
Director-Editor de **Verdad y Vida**